



Berta Elena Vidal de Battini *
(República Argentina)

El hombre, el tigre, la serpiente, el zorro (San Luis)

Era un hombre que se encontraba solo, viudo. Él cuidaba su casa y sus animales, y tenía aves de toda clase.

Y un día salió al campo. Ató el lazo a los tientos⁶⁶ del recado, y salió. Andaba lejo, adentro de una quebrada, qu'iba pasando por delante de un gran peñasco, cuando sintió unos clamores.

-¡Ah! -que dijo-, ha de ser el alma de mi mujer que necesita algo y me pide socorro.

Entonce desató el lazo de los tientos, enlazó el peñasco, lu ató a la cincha, y lo dio vuelta. De repente, se le presenta una serpiente y lo quería comer. Y el hombre le alegaba a la serpiente que cómo lo iba a comer si él le había salvado la vida, que no podía ser que un bien con un mal se paga. Y ya tanto alegaron, tanto le rogó el hombre, que buscaron un juez para que diera su opinión. Que al fin consintió la serpiente, y siguieron viaje los dos.

Después de un rato de caminar, encontraron un caballo, un mancarrón⁶⁷ viejo, que andaba a las renguiadas, y lo pararon. El hombre le dijo lo que le pasaba, de la forma que había salvado ^{130a} la serpiente y que ahora se lo quería comer, y que no podía ser cierto que un bien con un mal se paga. Y entonce dijo el caballo:

-Sí, es ciertísimo que un bien con un mal se paga. Cuando yo era nuevo y lo servía, mi dueño me cuidaba muchísimo y me daba del mejor pasto y agua clara, y me ponía a la sombra. Después me tuvo muchísimos años de acá para allá. Ahora que estoy viejo y flaco, me echa a los campos pa que me coman los pájaros y los gusanos.

-¡Has visto! -le dice la serpiente al hombre, y áhi no más se lo quería comer.

El hombre le volvió alegar que no podía ser, y tanto le dijo que ese juez no servía, que tenían que buscar otro, que al fin consintió la serpiente, y siguieron viaje.

Ya habían andau mucho, cuando encontraron un güey, y el hombre le contó lo que le había pasado, que había encontrado a esta serpiente aplastada por un peñasco y que la había salvado, y que ahora se lo quería comer. Que él tenía que dar su parecer, porque no podía ser que un bien con un mal se pague. Y entonces el güey le dijo:

-Sí, sí, es cierto que un bien con un mal se paga. Cuando yo era juerte, trabajé para mi amo muchos años, de sol a sol, arando sus chacras. Cuando ya me vio viejo y arruinado, me botó a los campos para que me muriera. Acá me tienen sin ningún amparo, esperando morir, cáido en alguna zanja, de hambre y de sé.

-¿Has visto como tengo razón? -le dice la serpiente al hombre-. Ahora te

voy a comer no más.

El hombre le volvió a alegar que no podía ser, que eso no era razón, que esos dos animales 'taban muy viejos y chochando, y que no sabían lo que decían. Y güeno..., al fin consintió la serpiente que le preguntaran a otro juez, y que éste iba a ser el último. Y que si le daba la razón, lo comía. Siguieron otra vez.

En eso que iban, encontraron una zorra. El hombre la llamó, pero no se arrimó la zorra de miedo al pichicho⁶⁸ que llevaba al lado. Pero al fin, el hombre le explicó lo que querían y le contó que la serpiente lo quería comer después que la había sacado de abajo del peñasco.

La zorra, siempre lejito, por si acaso, le dijo que ella no podía decir quién tenía razón si no vía la forma en que 'staba la serpiente y que eran todas las cosas, porque no les entendía bien lo que le decían.

Entonces volvieron para atrás. La zorra iba en l'anca del caballo del hombre, y quería salvarlo con su picardía. Llegaron al lugar. Se enroscó la serpiente, y el hombre enlazó el peñasco, le dio güelta otra vez, y se lo dejó cáir bien encima de la serpiente. Y comenzó otra vez los clamores, la serpiente, y le decía a la zorra que hablara prontito.

Entonce la zorra, cuando vio que no había cuidado que la serpiente se moviera, le dijo al hombre que la deje no más apretada, por desagradecida, y que se vaya. Entonce el hombre le dio las repetidas gracias, y le dijo que pasara por su casa, que tenía muchas aves y le gratificaría con algún cariñito⁶⁹.

Después de unos días, la zorra se arrimó a las casas del hombre, y el hombre le dio una gallina gorda. Después de un tiempo volvió, y el hombre le hizo otro regalito. Pero la zorra no se conformó con eso, y empezó a ir todas las noches y a llevarse por su cuenta las aves. Al fin, el hombre se dio cuenta, cuando no le había quedado más que un pavo rengo y un gallo pelado. Entonce la esperó a la noche, y cuando se fue allegar, le largó los perros. Los perros la agarraron, y cuando la 'staban matando, la zorra decía:

-¡Es cierto que un bien con un mal se paga!...

*María Angélica Lucero, 21 años. La Carolina. Pringles. San Luis, 1948.
Muchacha que trabaja en el servicio doméstico. Buena narradora. Aprendió el cuento de la madre.*

* Tomado de Cuentos y Leyendas Populares de la Argentina, de Berta Elena Vidal de Battini.

Dada la vastedad de ésta enjundiosa obra la Biblioteca Virtual Universal, sin perjuicio de presentarla en sus cinco volúmenes, adopta el método de ofrecerla también dividida para favorecer la búsqueda del lector.

En cada uno de los cuentos la autora menciona al narrador original, del cual extrajo la versión.

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario


editorial del correo